

La historia de Latinoamérica desde los niños

Juan Acevedo. Lima: Rádda Barnen, 1995. 75 p.



La historia es uno de los temas más atractivos para la creatividad de los hombres del lápiz y el color, sobre todo porque supone la creación de un lenguaje nuevo, en el que inevitablemente se dialoga con los ya existentes a fin de ofrecer una historia propia, en la que no se pueden obviar el humor ni la exigente sensación de secuencialidad. Dicha temática no es patente exclusiva de una sola disciplina artística; en los últimos años hemos leído textos de diversa naturaleza, quizás el más reciente nos viene de la literatura, me refiero a *El general en su laberinto* de Gabriel García Márquez. En el caso peruano, podemos recordar dos historietas de reciente data: *Cuando en el Perú no se hablaba castellano* (1987) de Margarita Jaramillo Salazar y *Una larga historia para ser contada...* (1985) de Javier Lumbreras, textos bien intencionados, sin mayor impacto artístico.

La reciente producción de Juan Acevedo precisamente transita entre esos avatares. Con *La historia de Latinoamérica desde los niños* encontramos a un artista que dentro de una

economía de recursos, a través de la imagen y la palabra, nos descubre la historia con el mismo asombro de niños y jóvenes. Corresponde recordar que constituyen verdaderos hallazgos sus trabajos sobre historia: *Lima 1873* (1992) y *Tupac Amaru* (1985). Juan Acevedo acude a fuentes de diversa naturaleza a fin de que la imagen creada sea no solo artísticamente innovadora, sino también un aporte social.

La historia de Latinoamérica desde los niños, inicialmente publicada en el diario *El Mundo*, nos recuerda a personajes ya conocidos hace más de una década entre niños y jóvenes —no sólo por sus lectores cautivos— de barrios populares, me refiero a *Piolita y los defensores del niño* (1989) en el que hicieron su debut: el fiaco y reflexivo Piolita, el vivaz e intrépido Achori, y la siempre tierna Carolita, sin olvidar el gran debate que ocasionó la perrita Discriminada, que para la economía del lenguaje, desde entonces se llamó Nada. Ahora, un nuevo personaje aparece en el grupo: me refiero a la preocupada Dolores.

Si hay algo que define el humor de Juan Acevedo son precisamente aquellas formas que posibilitan al lector ingresar a ese mundo difícil pero maravilloso que es la historia. El juego de cuadros permite una adecuada manifestación de las intencionalidades del autor. De hecho, el pase de cuadro a cuadro supone niveles de suspensión en el discurso que exigen al lector continuar la historia, suspensión que luego se revierte en suspenso en los momentos más agudos de la historia. Juego que se complejiza cuando entramos a ver el asunto del lenguaje, sobre todo, porque la historia que se nos narra es la presencia humana en América y el desarrollo de sus principales culturas: Olmeca y Chavin. Para decirlo con palabras del texto, «¡Desde hace 40,000 años hasta Olmeca y Chavin!».

La sabiduría artística de Juan Acevedo trabaja sobre dos fuentes: una, hechos y acontecimientos trascendentales del hombre americano; y dos, la proximidad de los pares, es decir encuentros entre niños-jóvenes en distintos momentos de la historia.

Es interesante observar cómo las historias tienen que construir un difícil nudo para viajar a través del tiempo, nudo que se hace sobre progresiones y regresiones, que a su vez permiten marcar el momento en que la imaginación invade el territorio del pasado. Esto hace más interesante aún la historia, pues la aventura, iniciada en el repaso de historia, contiene expresiones básicas de las culturas antiguas (bolsa, jaguares). Los movimientos son básicamente rápidos y sorprendidos. El lenguaje sigue siendo el de la creatividad que marcan Achori, Carolita, Piolita y Soledad.

Una triple historia se relata en el texto: la del colectivo Defensores del Niño, que en esta oportunidad repasa la historia precolombina que se convierte en el relato de sus aventuras a través del tiempo. Otra es la referida a la historia antigua, que se nos relata en sus momentos más gravitantes, en realidad el eje de relato; y hay una tercera, seguramente, la de menor rango pero curiosamente la más atractiva: me refiero al tórrido encuentro de Nada y perrito calato del Chavin llamado acá Algo.

La economía de recursos hace aún más interesante el texto, pues supone ya no sólo el tratamiento de la historia sino los valores que se expresan. Allí también artesanía fina la de Juan: permanente tentación de igualdad, me refiero también a la tentativa del respeto al otro, la valoración de la participación en la colectividad («Lo que me encanta es que participan hombres y mujeres, adultos y niños...», dice Clarita).

Con *La historia de Latinoamérica desde los niños* Juan Acevedo no puede ser calificado sólo como el artista que tiene la curiosidad y el asombro del niño-adolescente; es el maestro cuyo humor es una de las marcas más representativas del tratamiento de la historia y nos devuelve esa imagen en la que los países de esta parte de la tierra seguimos siendo parte de un todo, a pesar de nuestras diferencias, y parte de una historia común. Vale, Juan.

Gonzalo Espino

